

y desenvolver la economía de tan provechoso establecimiento. Mi discurso no tendrá otro carácter, por lo mismo, que el de una simple memoria. En ella procuraré manifestar primeramente las razones de interés público y perfección literaria que reclamaban la fundación de esta nueva cátedra; y por último, daré una idea general del método que tenemos adoptado en ella, confirmando su bondad con los resultados que ha producido.

## PRIMERA PARTE.

Apénas hai institucion ninguna, por incontestable que sea su utilidad, que no tenga detractores. ¡Será extraño que todavía estemos en el caso de justificar la importancia del Arte de hablar! No le bastó á Ciceron haber sido por su elocuencia el hombre de la república romana, para exonerarse de rebatir las opiniones contrarias al estudio de los excelentes principios que desenvolvió tan magistralmente en sus tratados de la retórica; <sup>1</sup> y el mismo Quintiliano tuvo que dedicar un capítulo de sus instituciones á demostrar el grande interés de un estudio que habia ocupado de preferencia á los ingenios mas esclarecidos de la antigüedad. <sup>2</sup> Y si ellos no quisieron fiarse ni de los documentos que atesoraba ya la historia de la elocuencia, ni de la claridad con que á su juicio resplandecia la importancia de tales estudios, para relevarse de manifestarla al público en sus libros, ¡estarémos dispensados de hacerlo nosotros que todavía ni aun contamos con una literatura patria! El ejemplo de tan autorizados maestros y los justos miramientos debidos al público, miramientos cuya obligacion jamas debe prescribir, nos determinan hoy á manifestar las razones de utilidad que se han tenido presentes al fundar en este Seminario la cátedra de Bella Literatura. Satisfarémos por lo mismo en primer lugar á cuantos califican de inútil el estudio del arte, y harémos ver en segundo cómo los mismos objetos que tienen entre nosotros y aun por sola su institucion los seminarios, clamaban por esta interesantísima reforma en el sistema general de nuestros estudios.

<sup>1</sup> De Orat. lib. 1.º Capp. 20, 23 y 32.

<sup>2</sup> Oratoria Institutiones, cap. 12, lib. 2.º

El estudio de las reglas, afirman algunos, es inútil para el que tiene disposiciones naturales, porque ellas son el todo en la elocuencia y en la poesía; y con mas razon para el que de ellas carece, pues en este caso á nada conducen todos los preceptos del arte. Pero aun adelantan mas otros, que no satisfechos con proscribir las reglas, intentan extirpar de su república tanto á los oradores cuanto á los poetas, como á los enemigos mas capitales de la verdad y de la virtud. Es nuestro ánimo contestar á unos y otros.

Las cualidades de la naturaleza son tan indispensables para conducir el arte á la mas alta perfección, que sería imposible sin ellas á las producciones del espíritu salir de la triste y limitada esfera de una ruda mediocridad. ¡Qué son los preceptos de la retórica para el que solo extiende su reflexion á distancias muy comunes y sobre objetos muy conocidos; que no imagina sino lo que ve, ni puede triunfar un solo instante de la tibieza y aun frialdad de sus propios sentimientos! ¡Qué fuerza humana torcerá con el mejor éxito las inclinaciones profundas que muy de antemano muestran el movimiento que requiere la juventud para llegar á su perfección! ¡Por ventura podrá elevarse en la escala sublime de las abstracciones el hombre que parece haber nacido para seguir los pasos lentos del manso animal que abre á la semilla la superficie de la tierra? ¡Y el que solo pretende vivir dentro de sí mismo podrá consumir con fruto los días y los años en medio de las mieses ó en los talleres de las artes! La inclinacion es pues una antorcha segura para buscar en el espíritu los talentos que deben cultivarse; y el descubrimiento de estas potencias anuncia ya de antemano, no lo que ha de ser, mas lo que puede ser el hombre en la carrera de la vida. Semejantes á una tierra virgen ellas harán fructificar las plantas mas útiles: sobre ellas podrá levantarse el árbol protector y benéfico que cobijará con sus copas numerosos rebaños; ó tal vez brotarán por donde quiera abundantes abrojos, venenosas pasturas, flores inútiles y toscos y groseros frutos. ¡Qué habrá de ser pues el hombre que cuenta con las disposiciones mas felices de la naturaleza! poco ó mucho, y acaso ménos que nada, segun el cultivo que reciba. Si ellas se empeñan primero en un camino seguro de todo extravío, marcharán siempre con rectitud; y si este camino tiene por término y blanco la utilidad comun, entónces la gloria anunciará muy altamente lo que haya de ser para el universo y la posteridad el hombre que cuente con disposiciones tan brillantes y un cultivo tan esmerado. ¡Pero se abandonan aquellas á sí mismas! ¡se obliga al en-

tendimiento á vivir sobre el pais, como suele decirse! ¿se sanciona por fin el libertinaje de la imaginacion, y se arrasan los diques levantados por la sabiduría á la impetuosidad de los sentimientos! Pues nada es ya el que todo lo prometia; y en una situacion como esta el hombre brillará cuando mucho de tiempo en tiempo, como la exhalacion fugitiva, no mas que para hacer visibles en cierto modo las tinieblas que le circundan. Dejemos pues con el juicioso Quintiliano <sup>1</sup> las necias declamaciones con que intenta desacreditar el estudio de la Bella Literatura la grosera impericia de ciertos hombres que, no teniendo ojos mas que para ver en globo los resultados, son incapaces de percibir la cadena secreta de conocimientos y aquellas exquisitas transiciones por donde han tenido que pasar cuantos han ilustrado la historia de las letras.

No siempre el talento es el mejor garante de la verdad, ni la sensibilidad un signo infalible de la elocuencia. ¡Cuántos entendimientos claros é ingenios perspicaces no se sumergen á cada paso en la confusion de las ideas y en el embrollo de los juicios! Desprovistos de todo criterio, desnudos de toda regla, no aciertan á cada paso ni en la eleccion de la materia, ni con el exacto sistema de los procedimientos. La imaginacion interpone sus brillantes y seductores delirios entre la razon y las cosas, el sentimiento huye de cuanto no le estimula, y se abandona sin tregua á los agujones que le excitan; todo lo altera y confunde, y á medida que se adelanta su experiencia, multiplica los obstáculos para el conocimiento exacto del hombre moral. ¿Dónde se hallará entonces la verdad? ¿dónde la persuasion! ¿dónde finalmente la elocuencia que merezca este nombre! Para afianzar pues el imperio de la verdad sobre la conducta de los hombres, ¿bastarán el talento sin el ejercicio, el ejercicio sin las ciencias, ó las ciencias sin aquel magestuoso vestido que atrae sobre ellas la vehemente y eficaz inclinacion á la practica de las verdades que proponen! ¿Por ventura basta, para ser elocuente, lo que se necesita para obrar un movimiento mecánico en la multitud! ¿ó acaso la verdad tal como sale de las especulaciones científicas, tal como se muestra al entendimiento cuando le ilustra, bastará para contrapesar las pasiones y obtener un triunfo completo sobre las tendencias mas dulces y arraigadas! No, dice Buffon: “la verdadera elocuencia supone el ejercicio del genio y la cultura de la razon: es mui diferente de esa facilidad natural concedida

1 Instit. orat. lib. 2.º, cap. 17.

á todos aquellos que tienen pasiones fuertes, órganos flexibles y dóciles, viva y pronta imaginacion. Estos hombres sienten con viveza, saben manifestar esto de un modo mui sensible en lo exterior, y por una impresion puramente mecánica trasmittir á los otros su entusiasmo y sus afectos. En ellos, el cuerpo es el que habla al cuerpo, y á esto concurren igualmente todos los movimientos. ¿Qué se necesita para conmover y arrastrar á la multitud! ¿Qué, para hacer estremecer á la mayor parte de los hombres! Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras.”<sup>1</sup>

Cuando nos proponemos sacar algun partido de los otros obligándolos á tomar alguna resolucion determinada, no hai medio mas peligroso que el de limitarse única y exclusivamente á mover los afectos. Todas las impresiones fuertes son por su misma naturaleza momentáneas y fugaces: en extremo falibles para contar con ellas, deben mirarse solo como un estímulo poderoso para convertir el espíritu á la verdad. Cuando no hubiera otros objetos capaces de calmar el ardor de estos sentimientos facticios, la misma constitucion del hombre seria bastante para desconfiar de ellos. Mil afectos se agolpan ó suceden en nuestra alma, y las mismas imágenes nos ocupan alternativamente, como los delirios de un sueño, aun en las horas de la vigilia. El corazon es naturalmente inquieto, y cuando no hai solidez en las impresiones, aspira continuamente á reemplazarlas con la variedad y reproduccion de las antiguas, ó con la produccion de otras nuevas. ¿No es esta una lei general, lei indispensable, y que no podria interrumpirse sin cambiar del todo la naturaleza del hombre! ¿Cómo pues una imagen viva, una expresion fuerte y animada, un gesto impetuoso y un rasgo patético serán parte á contener la ansiosa solicitud de nuestra alma en busca de objetos que vengan á reproducir los sentimientos que ya se han extinguido!

1 Discours sur le style. Esta juiciosa observacion estaba ya hecha en gran parte por Quintiliano: he aquí sus palabras: “Verum hi pronuntiatione quoque famam dicendi fortius querunt. Nam et clamant ubique, et omnia levata (ut ipsi vocant) manu emugiant, multo discursu, anheliu, jactatione, gestu, motu capitis furentes. Jam collidere manus, terræ pedem ineute, femur, pectus, frontem cedere: mirè ad pullatum circulum facit: cum ille eruditus, ut in oratione nulla summittere, variare, disponere, ita etiam in pronuntiansuo cuique eorum quæ dicit, colorum accomodare actum sciat: et si quid sit perpetua observatione dignum, modestus et esse et videri malit.” Orat. Inst. lib. 2.º cap. 13.

No ignoramos que hai momentos de inspiracion en que el genio, echando al parecer una mirada desdeñosa sobre el aparato erudito de las reglas, se lanza, á impulsos de una fuerza desconocida y superior, á una region mui alta, donde apenas nos es dado columbrarle. Los grandes sentimientos que parecen sacarlo todo de la nada, enriquecen los tesoros de la lengua, ensanchan la esfera del pensamiento, revelan arcanos desconocidos; y qué sé yo si esto habrá dado origen al desprecio insensato de los principios. ¡Pero es exacta esta consecuencia! Cuando no se cuenta con otra cosa, mui poco se avanza en la oratoria, pues tales arrebatos producen cuando mucho un rasgo patético, algunos pormenores brillantes, ciertas frases atrevidas; mas nunca un designio completo, un vasto conjunto y un todo regular. La Iliada y la Eneida, el discurso por la Corona, la defensa de Milon, la oracion fúnebre de Henriqueta María de Francia, el sermón sobre el corto número de los escogidos, y el homenaje ofrecido por Manry en presencia del clero galicano al Santo Pontífice de Hipona, obras admirables se presentan á mi vista, insignes, incomparables; dechados perfectísimos donde el genio está en su mayor altura y en sus ápices el buen gusto; y sin embargo, ninguna de ellas me parece que debe referirse únicamente á la inspiracion. Hai tambien discursos improvisados, como el primero de Ciceron contra Catilina; pero léjos de ser este una demostracion contra las reglas, es un documento práctico que las sostiene; porque estas alocuciones repentinas son ménos el efecto inmediato de la naturaleza, que el resultado neto de un hábito bien adquirido. Reflexionemos que quien hablaba era Ciceron, es decir, un hombre que habia hecho rendir mediante su industria, los frutos mas abundantes á las disposiciones mas excelentes; que desde sus tiernos años habia empezado á enriquecerse con todos los conocimientos útiles, que dominaba todas las reglas del arte, que las aplicaba con extrema facilidad, por serle ya familiar esta clase de ejercicio; y que bajo este respecto, sus alocuciones momentáneas estaban dispuestas, por explicarme así, desde su primera juventud. “¡Necesitaré yo de decir que es necesario el conocimiento de las reglas! “Sin ellas nadie puede creerse constantemente dispuesto á usar de la palabra; pues aun cuando llegue el caso de que á impulsos de la naturaleza se consiga producir alguna cosa buena, no debe contarse con esto, puesto que es el resultado de una mera casualidad.”<sup>1</sup>

1 Cic. Brut. cap. 29.

Seria necesario dar en una prolijidad fastidiosa, para no detenerse aquí, tratándose de justificar que las disposiciones de la naturaleza, sin las cuales vendrian á ser inútiles todos los procedimientos del arte, exigen un sistema de principios y un fondo competente de instruccion, á fin de producir sus verdaderos resultados; y que tan difícil es concebir un orador sin talentos y doctrina, como sin el conocimiento práctico de las reglas esenciales del arte.

Y qué, una imaginacion ménos viva, una sensibilidad ménos impetuosa ¡nos dan motivos de creer que con ellas faltan del todo las disposiciones que se requieren para estudiar con fruto el arte de la elocuencia? Así lo han entendido muchos para quienes el cultivo de la Literatura es del todo superfluo cuando la naturaleza no se ha insinuado con dotes maravillosas y disposiciones gigantescas. Esta opinion reducida á sus justos límites es tan exacta, como falsa y perniciosa en este grado de exageracion. No hagamos de la elocuencia un miserable juego de palabras técnicas, un taller de figuras ofrecidas de propósito para exornar el discurso, ni un mecanismo casi material de lugares comunes; pero tampoco limitemos el provecho que de ella puede sacarse á las trasformaciones admirables que en mil circunstancias sabe producir el corazón. Mui diferente de la poesía, la elocuencia ilustra y hace provechoso el talento mediano, admite sus grados diferentes como la música sus tonos, y casi nunca deja de recompensar con usura los trabajos del que la cultiva. Sin salir de lo que propiamente se llama oratoria, ¡cuántos grados diferentes y á qué distancia los unos de los otros pudieran hallarse entre los hombres todos que se han ejercitado en el uso de la palabra! ¡No nos agradan lo mismo el desaliño enérgico de Demóstenes y la compostura llena de atractivos que se ostenta en la frase del orador romano! ¡No son tan dignos de memoria los rayos de Bordonne lanzaba para rendir y anonadar la soberbia de una razon altiva y presuntuosa, como el arte feliz con que se introduce tan suave como irresistiblemente en el alma el autor de la “Impenitencia final!” Qué! ¡tendremos la suficiente osadía para dar un fallo decisivo entre Bossuet y Fenelon, sin embargo de que haya diferencias tan extremadas entre uno y otro! Bossuet á la orilla de una tumba ve mui pequeños los palacios, mui miserable la opulencia, mui débiles á los señores del mundo: es un Hércules que parece complacerse en aumentar la fuerza de su adversario para hacer mas brillante su victoria. ¡Qué panegirista mas grande ha tenido la grandeza! ¡qué pintor mas sublime ha podido apeteer ni

aun imaginar la gloria mundana! Sin embargo, no bien las hace brillar en todo su esplendor, cuando una y otra desaparecen al soplo de sus labios.

Por mui diferente rumbo, ¿cuánto no cautiva nuestro corazón el arzobispo de Cambrai! Tranquilo como la muda corriente que se desliza por entre las flores delicadas; pero seductor irresistible, como el aspecto inefable de una mañana de primavera; sencillo en extremo, pero hábil en gobernar nuestro albedrío; casi no sabemos que nos habla, sino cuando ya nos tiene dulcemente ligados con cadenas de oro á su boca elocuente. Incomparable con todos los grandes genios de que hemos hablado, tratándose de ciertos géneros de oratoria, el cardenal Maury, á par que Boulogne, ¿no han excedido á todos en el arte de encarecer las eminentes virtudes de aquellos grandes hombres que veneramos en el santuario! No: ni Henriqueta de Inglaterra, ni el Príncipe de Condé deben á la elocuencia un tributo mas bello y mas glorioso, que el grande obispo de Hipona, Vicente de Paul y el virtuoso Monarca que despues de haberse adquirido el amor de los franceses desde el trono de sus mayores, santificó este mismo trono, y subió de él á los altares, para recibir el culto religioso de la Iglesia universal.

Pero, dejando aparte á estos oradores de primer orden, aunque no lo son en todos los géneros que manejaron, ¿cuántos títulos no reúnen á la estimacion pública los de segunda y tercera clase! ¿Qué servicios tan importantes no deben las costumbres al infatigable zelo de Brydaine, al exquisito gusto de Flechier, á los Poulles, Elyseos, La Rues, Neuville, entre los franceses; á los Muratoris entre los italianos, á los Granadas, Santanderes y Calatayús entre los españoles y aun á los Parras y Uribes entre los mexicanos! ¿A qué fin multiplicar los ejemplos! Baste lo expuesto para ofrecer un estímulo á la nimia timidez de ciertos jóvenes mui capaces por otra parte de obtener preciosos resultados en algunas de las diferentes clases en que está distribuida la oratoria.

Sin embargo, aun otro motivo mas poderoso y eficaz viene á juntarse aquí para extender el número de los alumnos. El arte de hablar en toda su extension abraza todas las composiciones literarias, da reglas comunes á la poesía y á la prosa, y ofrece documentos preciosos para ilustrar el talento de cada uno. El poeta y el orador no han menester de cultivarle mas que el historiador y el filósofo; y así como todas las ciencias y las artes pagan su contingente á la elocuencia, así tambien esta se esmera en indemnizarlas á todas, haciendo fácil la exposicion de sus principios, generalizando el interes

de sus resultados y extendiendo de mil maneras el número de sus atractivos.

Pero qué! ¿no tienen interes en el estudio de los principios, sino únicamente el orador que conmueve, el poeta que recrea, ó el filósofo que instruye! Si no nos es dado elevarnos á semejante altura, podremos adquirir á lo ménos otros derechos á la estimacion pública y algunos motivos de satisfaccion íntima respecto de nosotros mismos. Sabrémos gobernar nuestras impresiones, y dirigir las bien dentro de nuestra propia esfera. Un trato exquisito, una frase pura y correcta, una conversacion fluida y amena, un discernimiento ilustrado, ventajas inapreciables son en la carrera de la vida, y dotes mui dignas de abrir un campo honorífico en la sociedad al que las posee. ¿Y no es una condicion demasiado triste depender en todo de impresiones casuales y tal vez caprichosas, admirar lo irregular, embelesarse con lo deforme y trasportarse tal vez con lo hinchado y declamatorio! ¿No es mui triste confundir la zampoña rústica con la flauta melodiosa! ¿Qué atractivos pueden tener los progresos de las bellas artes para el que no halla diferencias extraordinarias entre la catedral de su metrópoli y la soberbia cúpula de Miguel Angel, entre el desigmo vulgar de una pintura mediana y las sublimes concepciones de Rafael! Pues he aquí la menor ventaja que puede proporcionar el estudio de los principios, ventaja mui grande para un espíritu que no se levanta mucho de la esfera comun; adquirir el tacto seguro que se llama buen gusto, ilustrar sus fallos para no aprobar sino lo perfecto, aplaudir la verdadera magnificencia, pulir, digámoslo así, su sentimiento acerca de lo bello, lo grande y lo sublime; en una palabra, discernir con exactitud y sentir con fidelidad.<sup>1</sup>

Pero todas estas son ilusiones, dicen algunos: la verdad que es y debe ser el todo para el hombre, tiene dos adversarios terribles en la poesía que protege siempre el imperio de la fábula, y la elocuencia que trastorna frecuentemente los sanos principios y extiende y propaga los errores mas funestos. Sin duda que han existido muchos hombres que, convirtiendo contra su objeto primitivo las mas bellas disposiciones de la naturaleza, han corrompido tan provechoso talento. “Acostumbrados, dice Ciceron, á sostener en los debates oscuros la mentira contra la verdad, han alimentado

<sup>1</sup> Véase lo que dejamos dicho en la disertacion precedente sobre el estudio de la lengua castellana, hablando del influjo del arte en el trato social. (Nota de esta segunda edicion)

“ su atrevimiento con el uso de la palabra; y fué necesario que los primeros ciudadanos se ocupasen en contenerlos, y defender á los suyos contra los ataques de estos perversos. Semjantes desórdenes atrajeron tanto menosprecio y aun odio á la elocuencia, que los hombres de mayor ingenio, huyendo del tumulto y las borrascas del foro, se refugiaban en el seno de los estudios pacíficos, como en un puerto seguro contra las tempestades. He aquí lo que derramó tanto brillo sobre las ciencias filosóficas y morales, á que dedicaban sus ocios los mas esclarecidos talentos, renunciando á la elocuencia en el tiempo que mas importaba conservar y extender su influjo saludable, puesto que mientras mas profanaban un talento tan noble y honesto la osadía y temeridad de la ignorancia y el crimen, mas estrecha era la precision de oponerles, para bien de la república, una resistencia vigorosa y enérgica.”<sup>1</sup>

¿Seria prudente pues ceder al sofisma el campo de la elocuencia, contentándonos únicamente con los documentos helados de un árido racionio? Ojalá en todos nuestros pensamientos no tuviera parte sino la razon, y que la voluntad, siempre fiel á las inspiraciones del entendimiento, abrazara dócilmente la verdad y la tomase de continuo por blanco de sus deseos y por norma fija de su conducta. Mas por una desgracia inherente á la condicion humana, el mundo moral se rige mui de otra manera que el mundo geométrico, y la verdad y las pasiones se han disputado constantemente el imperio de la conducta. El eco no habia vuelto aún el canto de los pastores, la musa no habia comenzado á encarecer el trabajo de la agricultura, ni la trompa épica remitido á la posteridad las hazañas de los héroes, cuando se habia empeñado ya en el universo aquella lucha tremenda; y es mui digno de notarse que el dolor y el arrepentimiento fueron los primeros poetas y músicos de la tierra. Antes de levantarse el himno puro de la inocencia ó de la gratitud, se habian llorado ya los estragos del crimen; y los triunfos de las pasiones precedieron con mucho á los triunfos de la elocuencia y de la poesía.

¿Qué no ha menester la verdad para enseñorearse del corazon? Su semblante es adusto y severo, sus máximas inflexibles, sus goces mui espirituales, sus recompensas mui lejanas, para que se baste á sí misma y pueda tener prosélitos en su desnudo y original aspecto. Mientras ella se nos muestra durante el periodo de la vida, necesita tomar el tra-

1 De Invent, lib. 1.º, cap. 3.º

ge de la moda, buscar atavíos seductores, lisonjear los sentidos, y abrirse brecha no pocas veces al imperio del corazon por el insensible y dulce camino de una prudente y suave condescendencia. Mucho es obligar á un adversario á suscribir á la evidencia que resulta del encadenamiento fiel de las consecuencias con el principio; pero ¿esto es lo que basta! “Exito lisonjero, dice Guillon, pero fugitivo cuando no tiene mas garantía que el sufragio del entendimiento, no consigne por lo comun sino una aprobacion fria, un homenaje árido é inanimado, algunas veces la tentacion fuerte de vengarse del fastidio con la duda, y el despecho secreto de una division íntima y profunda entre el asentimiento de lo verdadero y las resistencias de la voluntad.”<sup>1</sup>

Quitad la persuasion de los discursos, y la luz de la verdad brillará siempre para que se reconozcan los crímenes; mas desprovista de calor y de fuerza, no contribuirá jamas á disminuir su número entre los hombres, ni á extender y prolongar el ascendiente de la virtud. Pero ¿qué cuadro tan diferente no presenta la verdad cuando se distribuye por la elocuencia! El corazon cede, las pasiones se alistán bajo el estandarte de la lei, y entran, por decirlo así, en los grandes y sólidos intereses de la razon. Un juicio recto se transforma en un cuadro delicioso, en una perspectiva llena de gracias, y donde se siente en alto grado el aliento de la vida. “La imaginacion y el sentimiento empleados con una prudente y económica sobriedad ponen en accion las máximas y los preceptos, dan á los objetos el tono de las circunstancias, saben revestirlos con el colorido propio del efecto que deben producir; los descomponen, los dividen, los reunen; y por una combinacion feliz de las impresiones dulces ó terribles, forman ese precioso interes que penetra y asecha; y pasan, digámoslo así, al través de todos los sentidos que arrebatan, llevan su imperio al centro del alma, la conmueven ó la tranquilizan, y en el silencio que imponen á las pasiones, llaman á su arbitrio el sobrecogimiento del temor ó la amplitud de los deseos, el respeto ó el amor, los remordimientos ó la esperanza.”<sup>2</sup>

¿Qué no debe la verdad, no digamos á la elocuencia que tiene un objeto tan sério y un fin de la mas alta gerarquía, sino en general á todas las bellas artes! Oigamos á un escritor del siglo de Luis XIV, á un hombre dignísimo bajo todos aspectos de arrebatarse nuestra conviccion. “Los grie-

1 Bibliothèque choisie des Pères de l'Eglise. Discours préliminaire.

2 Guillon. Obra y lugar citados.

“gos, dice, que llevaron á una perfeccion tan elevada la música y la poesía, pretendieron con esto inflamar el valor é inspirar los grandes sentimientos. Con la música y la poesía se preparaban á los combates; y el sonido de los instrumentos los arrojaba en un entusiasmo y en una especie de furor que llamaban divino. Por la música y la cadencia de los versos suavizaban á los pueblos mas feroces, hacian entrar con el placer la sabiduría en el fondo de los corazones de los niños: los cantos de Homero les inspiraban agradablemente el desprecio de la muerte, de las riquezas, de los placeres que ablandan al alma; el amor de la gloria, de la libertad y de la patria. Mil instrucciones se contenian en sus fábulas y en sus poemas: de este modo la mas grave y austera filosofía no se mostraba por lo comun sino bajo un semblante risueño; y todas las artes, en fin, que consisten ó en los sonidos melodiosos ó en los movimientos del cuerpo, ó en las palabras, es decir, la música, la danza, la elocuencia y la poesía, no fueron inventadas sino con el fin de inspirar grandes sentimientos en el alma de los hombres, haciéndoles pinturas vivas y patéticas de la hermosura de la virtud, de la deformidad del vicio, y obligando á todas aquellas artes á entrar en los designios respetables y augustos de la moral y de la religión.”<sup>1</sup>

Sin duda que tenemos pseudo oradores, lo mismo que pseudo filósofos; que mil veces y á cada paso se han visto usurpados y desconocidos los fueros de la razon; que una elocuencia falaz y seductora ha comprometido los intereses mas caros, atacado las instituciones mas venerables y desconcertado los planes mas grandiosos; que la prostitucion tiene sus filósofos, sus apóstoles el interes personal, y sus profetas vehementes la ambicion. ¿Pero qué hemos de inferir de aquí? ¿Que la verdad se despoje de todos sus atractivos, que deseche los bellos tributos de la imaginacion y conserve siempre la fria temperatura del cálculo y del raciocinio? ¿Y cuál será entonces el resultado de esa lucha eterna que sostiene contra el error y contra el vicio? ¡Ah! Mui pronto caerán sus defensores en el menosprecio, se arruinarán sus templos, volveráse á los cielos, y la tierra quedará inundada en un diluvio de errores y de crímenes. No condenemos el uso de las cosas por el abuso que de ellas puede hacerse;<sup>2</sup> no arruinemos la institucion, sino procuremos

1 Fenelon. Dialogues sur l'Eloquence.

2 Una verdad tan palpable no ha menester sin duda de autoridades; pe

su reforma; ni arrebatados por un zelo indiscreto, añadamos el delirio de destruir al atentado de profanar. Si se abusa de la elocuencia y de la poesía, nuevo motivo es esté para cultivarlas con esmero, oponer su original belleza á las galas postizas; las pinturas verdaderas á las fantásticas ilusiones; los movimientos decisivos á las conmociones pasajeras; la luz del sol á la débil antorcha que alumbra un aposento; la verdad en toda su fuerza, al error con su falsa energía; y la virtud, en fin, con sus temores y sus esperanzas, y con todos sus atractivos inefables, á los envenenados delicias del vicio y á todas las seducciones del mal. “Léjos de menospreciar el estudio de la elocuencia, dice Ciceron, por el criminal abuso que de ella se hace todos los dias en los negocios públicos y privados, es preciso tomar de aquí nuevos motivos para dedicarse á ella con el mayor interes, á fin de oponerse al ascendiente peligroso que usurpan los oradores perversos con detrimento sumo de los hombres honrados, y para la completa ruina de toda la sociedad; y tanto mas cuanto que, siendo ella el gran resorte de las cosas públicas y privadas, por ella debe hacerse segura, por ella honesta, por ella ilustre, por ella finalmente agradable la vida. ¿No es ella la que dirigida por la sabiduría, cuya voz debe guiarnos en todas las cosas, hace los estudios florecientes? ¿No es ella la que atrae sobre todos los hombres que la cultivan, la gloria, los honores y las dignidades! ¿No es en fin la que ofrece á sus amigos el amparo mas seguro y la proteccion mas poderosa? ¿No deben á la palabra muchos hombres tan débiles y miserables en mil cosas, la superioridad mas excelsa y visible sobre el bruto? ¿Cuán bello es por tanto ver elevarse al hombre sobre el hombre, por el mismo privilegio insigne que le ha colocado sobre todos los animales!”<sup>1</sup>

ro la enérgica y erudita familiaridad con que se explica Quintiliano nos obliga á insertar aquí sus mismas palabras. “Quo quidem modo, nec duces erunt utiles, nec magistratus, nec medicina, nec ipsa denique sapientia. Nam, et dux Flaminius; et Gracchi, Saturnini, Glancie magistratus; et in medicis, venena; et in iis, qui philosophorum nomine male utuntur, gravissima nonnumquam flagitia deprehensa sunt. Cibos aspernemur; attulerunt sapientie valetudinis causas. Numquam tecta subeamus; super habitantes aliquando procumbunt. Non fabricetur militi gladius; potest uti eodem ferro latro. Quis nescit, ignes, aquas, sine quibus nulla sit vita, et (ne terrenis immerer) solem, lunamque precipua siderum aliquid quando etiam nocere?” *Orat. Institut. lib. 2.º, cap. 17.*

1 Cic. de Invent., lib. 1.º, cap. 4.º

¿Qué autoridad mas respetable y esclarecida pudiera encontrarse para condenar el furor de aquellos que manchan los puros atributos de la elocuencia, empleando en corromper el corazon los talentos preciosos que solo pertenecen á la virtud, y para acallar las voces de esos espíritus fríos que, guiados por el orgullo de la ciencia, mas bien que sostenidos por el zelo de la verdad, quieren proscribir el arte de hacer á una y otra encantadoras y amables, y sobre todo reinas absolutas del corazon humano? Esto es lo que han hecho constantemente los hombres insignes á quienes aclama justamente la posteridad primeros lumináres de la elocuencia en la historia del espíritu humano.<sup>1</sup> He aquí lo que respondemos á la tercera clase de adversarios que proscriben el estudio de la elocuencia y de la poesía.

¿Cuántas razones de utilidad no debía ofrecer por lo mismo el establecimiento de esta cátedra en el Seminario de Michoacan? No hai una circunstancia de la vida pública en que no sea del mayor interes el uso de la palabra; ninguna época extraña ni á los atractivos de la poesía, ni á la accion poderosa de la elocuencia, ni á los documentos ilustres de la historia, ni á un sistema racional de principios para facilitar el estudio de las ciencias. Nuestros seminarios se hallan en el caso de promover estos estudios, porque son los reservatorios de la juventud, donde están puestos á la vez los ojos de la Iglesia y las esperanzas del Estado. Eclesiásticos por su institucion, son el todo para nosotros. En Europa hai establecimientos para cada uno de los ramos; entre nosotros un seminariò es por lo general el único esta-

1 Num igitur negabitur deformem Pyrrhi pacem cæcus ille Appius dicendi viribus diremisit? Aut non divina M. Tullii eloquentia et contra leges agrarias popularis fuit? et Catilina fregit audaciam? et supplicationes qui maximus honor victoribus bello ducibus datur, in toga meruit? Non perterritos militum animos frequenter è metu revocat orator? et tot pugnandi pericula inenutibus, laudem vita potiore esse persuadet? Neque vero me lacedæmonii, aut athenienses magis moverint, quam populus romanus, apud quem summa semper oratoribus dignitas fuit. Equidem, nec urbium conditores reor aliter effecturos fuisse, ut vaga illa multitudo coiret in populos, nisi docta voce commota: nec legum repertores, sine summa vi orandi consecutos ut se ipsi homines ad servitutem juris attingerent. Quin ipsa vite præcepta, etiamsi natura sunt honesta, plus tamen ad formandas mentes valent, quoties pulchritudinem rerum claritas orationis illuminat. Quare, etiamsi in utramque partem valent arma facundie, non tamen est æquum, id haberi malum, quo bene uti licet. Quint. *Ibid.*

blecimiento de todas las clases cultas; y tanto el clérigo, como el médico y juriconsulto, deben á estas casas todo el sistema de sus conocimientos comunes, y el primero y el tercero la totalidad de su ciencia.

Pero sin salir de la institucion conciliar: ¿no es propiamente hablando un colegio eclesiástico el verdadero centro de la elocuencia? El foro casi ya no tiene que persuadir, sino que convencer: la ilustracion de las asambleas legislativas haria ridícula hasta cierto punto una oracion apasionada y vehemente. El púlpito cristiano ha venido á reemplazar las antiguas juntas populares; y la mision evangélica, consagrando con el nombre de Dios el uso de la palabra, aseguró tambien un reinado perpetuo á la elocuencia religiosa. Jesucristo puso el trueno en la boca de sus ministros y el rayo en sus manos, para hacer estremecer al vicio, palpar la conciencia, y confundir y exterminar los ejemplos de una prosperidad culpable. La elocuencia del púlpito, incomparable en elevacion y superioridad con la elocuencia profana, es hoy la que debe llevar este nombre por excelencia y la que por lo mismo debe tener su asiento y recibir sus homenajes en estos planteles de educacion cristiana.

Todos los que se consagran al ministerio de los altares, deben estar siempre dispuestos á vindicar la religion de los ataques obstinados de la incredulidad, á enriquecer el entendimiento de los fieles distribuyendo entre todos la sana doctrina, y á enderezar y corregir las costumbres, conduciendo á los hombres á su fin por el camino del arepentimiento. ¿Qué no ha menester el hombre para llenar dignamente unas funciones tan importantes y tan angustas? ¿Le bastarán los conocimientos que reciba en la enseñanza puramente didáctica? ¿Será igual el fruto, siendo desiguales los medios? No pensaba de esta manera el Sr. Benedicto XIV, que atento al verdadero fin que tienen los seminarios, estableció en el de Bononia una cátedra de elocuencia, sin la cual era imposible disponer competentemente á la juventud para las altas y difíciles funciones del sacerdocio. Es muy glorioso para nosotros que uno de los mas sabios Pontífices nos haya dado un ejemplo tan laudable; y que nosotros podamos servirnos aquí de sus mismas palabras, para convencer á ciertos hombres que sin discernimiento ni critica desechan indistintamente cuanto puede merecer á sus ojos el nombre de nuevo. “Grande será nuestro cuidado y diligencia en que se llenen cada uno de estos objetos; (dice, hablando en general de todos los ramos de enseñanza) mas puesto que parece una cosa nueva este sistema de estudios en nuestro

seminario, hacemos presente á todos, que no solamente habrá en él peritísimos maestros que enseñen la gramática y las ciencias; sino tambien un excelente profesor de elocuencia, la cual es del todo necesaria á los eclesiásticos para que hablen al pueblo, explanen la disciplina de la lei, y desempeñen con exactitud otras varias funciones. El mismo Dios ha empleado muchas veces el ornato del estilo en las sagradas letras, como lo prueba Mabillon. “A la verdad, dice, “ ¡cuánta delicadeza no se encuentra en las meditaciones “ sagradas de los poetas divinos! ¡qué gracia en las alocuciones! ¡qué variedad tan grande de tropos y figuras! “ ¡Quién no admira en los profetas la concision y energía “ de los apotegmas morales, las imágenes vivas de la virtud “ y del vicio y el peso de las reprensiones y amenazas!”<sup>1</sup>

Desde el principio del cristianismo ha tenido la Iglesia errores que combatir y extravíos que llorar. Apenas brotaban á su presencia pueblos enteros que seguían el estandarte de la Cruz, veía levantarse los trofeos de la incredulidad que se rebelaba contra sus dogmas. No bien habia pronunciado el himno de gracias por los nuevos hijos que le nacia, cuando tenia que esforzar su voz contra los perseguidores de la creencia. Del centro de un reinado pacífico empezó á levantarse aquella anarquía religiosa peor que las persecuciones declaradas, durante la cual todas las opiniones engendraban sectas, y en que los herejes forzaban á la Iglesia Santa, bañada todavía con la sangre de los mártires, á echar ménos con sentimiento inexplicable el hacha de sus antiguos verdugos. Las pasiones desenfrenadas, cuyos primeros conatos se dirigen á sofocar la voz de la conciencia y á extravíar la marcha de la razon, han mantenido siempre una lu-

1 Nos profecto singulis magnam curam, ut fiant, ac diligentiam impendimus. Sed quoniam novum aliquid videtur, et inusitatum hec pro nostro seminario studiorum institutio, notum omnibus facimus, non futuros modo peritísimos viros, qui gramaticam, et humaniores litteras edoceant; sed excellentem quoque eloquentiæ professorem, que necessaria prorsus ecclesiasticis habetur, ut clerici verba ad populam faciant, christianæ legis disciplinam explanent, aliisque rite muneribus perfungantur. Deus ipse in sacris litteris sermonis ornamenta sæpius adhibuit, ut comprobatur Mabillonius: *Cæterum quantum acuminis in sacris divinarum raturum meditationibus adest? Quanta in elocutionibus gratia! Quanta troporum ac figurarum varietas! Quis non miretur in moralium libris brevitatem, et apophtegmatum energiam; in prophetis virtutis, ac vitii expressas ad vivum imagines, et oburgationum, minarumque pondera?* Bened. XIV. Instit. Ecclæs. Instit. LIX núm. 14.

cha tremenda contra la sana doctrina, y poblado el mundo de escuelas corruptoras, de falsos sabios y filósofos corrompidos. Ya desde entónces era por lo mismo necesario unir el genio de la ciencia al talento de escribir: necesidad preciosa que nos ha producido los Clementes, los Ireneos, los Justinos, los Orígenes y Tertulianos, los Minucios, Arnobios y Lactancios, y tantos y tantos controversistas insignes, apologistas eminentes, luminares de la Iglesia católica y depósitos de la sabiduría cristiana. Nos haríamos interminables, si repasando detenidamente todas las épocas de la Iglesia, emprendiésemos la grata y laboriosa tarea de pintar á los incrédulos y á los apologistas para gloria de la elocuencia didáctica. Dejando, pues, aparte á los Ambrosios y Agustinos, y sin remover para nada el siglo de Bossuet, basta fijar los ojos en la época á que pertenecemos, esta época de errores y de crímenes, esta época de indiferencia y letargo, en que la incredulidad parece dormir un sueño profundo, no mas que para minar de una manera mas insensible los fundamentos de la religion: esta época en que los escritos de Bayle, de Rousseau, de Diderot, Holbach y toda la inmensa familia que reunia bajo sus alas el patriarca de Fomey están produciendo sus funestos resultados. Raras veces se dirigen á la razon, y no pudiendo hablar sino á estímulos de mil afectos depravados, abandonan la via del convencimiento, y tratan de insinuarse en la voluntad por el camino de la imaginacion.

Abandonado ya el ataque parcial que distinguía á los primeros herejes, desairada y aun zaherida la dialéctica con que ellos atacaban, la impiedad hoy no está ya relegada á solo algunos libros conocidos de pocos lectores, sino extendida prodigiosamente por todo el mundo civilizado: las falsas doctrinas no llevan ya en sí mismas el antidoto de un lenguaje científico y una argumentacion escolástica; sino que se presentan, como observa Frayssinous, bajo mil formas las mas atractivas y á propósito para andar en todas las clases de la sociedad, desde la capital opulenta hasta la cabaña ignorada. No solo se ha puesto en práctica cuanto el raciocinio tiene de mas sutil, sino cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesía, cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la naturaleza, de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de ingenioso y halagüeño el cuento y la novela.<sup>1</sup>

¡Qué armas oponer á estas armas! ¡Marcharémos á la

1 Defensa del cristianismo. Introduccion.



edad média para cubrirnos con la egida de las sùmulas! ¿recontarémos las categorías? ¿lanzarémos contra el enemigo el rayo del entymema, del silogismo y de todas las formas escolásticas? Nuestros libros por cierto no tendrían un solo instante de vida. Una exposicion árida, una discusion pesada, un estilo rigurosamente didáctico, no son el contrapeso que debe oponerse á tan astutos adversarios. Es preciso combatirlos con sus propias armas, mostrarles en la religion la fuente de lo grande, de lo sublime, de lo bello, el verdadero manantial del genio, el origen de las concepciones mas profundas, la escuela de Rafael y de Miguel Angel, la gloria del Tasso, el depósito de esas gracias inimitables que admiramos en Corneille y Racine, de esos éxtasis divinos en que nos sumerge la sublime inspiracion de Juan Bautista Rousseau y los dulces y gratos enagenamientos religiosos de Lamartine. ¿No nos complacemos en escuchar la voz de la religion en el silencio de las ruinas, hallar la paz del alma en el centro de un retiro monástico, y ver á todos los siglos acarreado cada uno mil tributos de admiracion y gratitud á este culto de la humanidad y del entendimiento, que ha poblado el universo de academias, de liceos y de institutos, y hecho brotar en el desierto los árboles protectores que liberalmente dispensan los frutos deliciosos y nutritivos de la virtud y de la ciencia?

¿Cuándo se agotaría la elocuencia didáctica empleada constantemente en referir y exaltar los prodigios de nuestro culto y su influjo poderoso en el bienestar del género humano? Los templos del paganismo, que no parecían descollar en el territorio de Atenas y de Roma sino para ofrecer al hombre como un vil conjunto de grandeza y de infamia, se desplomaron á los primeros acentos de los apóstoles: levantóse sobre sus ruinas el templo del verdadero Dios; el hombre reconquistó su grandeza primitiva, y empezó á brillar sobre su frente aquel rayo celestial que anunciaba la dignidad excelsa de su estirpe. Su vista, que ántes encontraba los dioses en la falda de una pequeña colina, ve reflejarse por toda la naturaleza la imágen de la verdadera divinidad, la sorprende á cada paso en la belleza del mundo físico, y la encuentra esculpida en el corazon del hombre justo, y anunciada por todas partes en las grandes y benéficas virtudes con que arrebató nuestro acatamiento y nuestros homenajes la parte sana y el cuadro perfecto del mundo moral. He aquí lo que ha immortalizado la pluma de Chateaubriand, y lo que hará perdurables los nombres de Pascal, Fenelon, Bergier, Luis Racine, Bossuet, La Mennais, y de todos los

modernos apologistas. He aquí el aguijon y el modelo para la juventud eclesiástica en los trabajos de la controversia, y un nuevo y poderoso argumento para sostener el cultivo de la Bella Literatura en los seminarios conciliares.

Hablando de la oratoria, la naturaleza misma de las cosas, el triste estado de nuestra civilizacion y la depravacion general de las costumbres levantan mui altamente la voz para reclamarla. “Si tuviésemos nosotros, observa San Juan Crisóstomo, así como los apóstoles, el don de los milagros, tal vez pudiéramos pasar sin todos los socorros del arte de bien decir. Un ciego á quien un predicador volviese repentinamente la vista, un muerto que resucitara en medio de su auditorio, sería, yo lo confieso, un exordio magnífico en extremo y mui capaz de suplir á todos los movimientos de la retórica: sin embargo, continúa el elocuente Patriarca, aun en este caso no habria motivo suficiente para ver con desprecio los resortes de la palabra, puesto que el mismo San Pablo no llegaba á desdeñarlos: testigos de esto pueden ser los homenajes que á su elocuencia, y no á sus milagros, rindieron los pueblos de Lycaonia.”<sup>1</sup> La religion cristiana tiene un carácter que la distingue eminentemente, sobre todo el carácter de su doctrina. Tan antigua como la eternidad, es tambien de todos los siglos, se adapta á todas las vicisitudes de la vida, y constantemente nos descubre nuevos motivos de admiracion: las ciencias la deben sus progresos, su perfeccion las artes, la elocuencia el mas alto grado de su poder, la poesía su eterna primavera y su perpetua virginidad. ¿No le consagrará el hombre los homenajes de sus potencias y la flor de sus conocimientos mas exquisitos? ¿Dejarémos para los asuntos profanos la pureza de la diction, la soltura de los giros, la melodiosa combinacion de los periodos, la viveza de las pinturas, la exactitud de las descripciones, las gracias del colorido, la magnificencia y hermosura de las imágenes; y consagraremos á las verdades angustas los desechos, por explicarnos así, de nuestro propio talento? ¿Qué! un lenguaje inculto, una frase incorrecta, un estilo desalinado, un tono perezoso, &c., &c., ¿son los atavíos que corresponden á la palabra divina? Las bellas artes parecen excederse á sí mismas cuando levantan al verdadero Dios los monumentos del ingenio: la arquitectura habla mui vivamente al sentimiento y á la imaginacion en la capital del universo cristiano: la pintura nos arrebató el homenaje de un tras-

<sup>1</sup> Citado por Guillon en el discurso preliminar á la biblioteca de los Padres de la Iglesia.

porte sublime al aspecto de la *Transfiguracion*: la música, en fin, temerosa de perder sus atractivos en el siglo, donde fastidia tan pronto como seduce, ha venido á buscar en el Santuario un asilo contra la inconstancia de los hombres; y haciendo resonar las bóvedas angustas con el hosana de la gratitud, los acentos del dolor, ó los clamores del arrepentimiento, prolonga nuestros éxtasis y nos convida á la virtud con cierta especie de prueba de felicidad.

A la vista de tantas producciones eminentes en que se admiran á la vez la elocuencia mas animada y el zelo mas fervoroso, comprendemos fácilmente, no que Dios ha desechado los adornos del estilo, sino que consagrándolos para sí, ha querido elevar la imaginacion á una esfera que parecia inaccesible, y la sensibilidad á los afectos mas nobles y generosos, á los objetos mas caros, á los consuelos mas puros, á las esperanzas de una inmortalidad feliz. ¡Admirable poder de la elocuencia! La carrera del tiempo que rae de la superficie de la tierra los monumentos de la grandeza humana, nada puede contra las memorias del zelo apostólico; y todavía nos penetra de respeto y de amor el *elogio de los Patriarcas*, nos llaman con fuerza á la virtud *los libros de la virginidad*, y excita la admiracion de la posteridad el santo vencedor de Firme y Fortunado.

El siglo de Luis XIV, aquel siglo de religion y de gloria, parece haberse perpetuado hasta nosotros, si no por la conservacion de la fé en toda su pureza, á lo ménos por los escritos inmortales de tantos hombres que sostenian las costumbres desde el sόlio hasta la choza. ¡Por ventura la muerte de aquellos oradores ha trascendido á sus discursos! ¡Ah! nuestro corazon palpita todavía, nuestros cabellos se erizan, nuestra conciencia se alarma; el temor y la esperanza se despiertan con una fuerza terrible, y el arrepentimiento, este precursor de la gloria, asoma de tiempo en tiempo su frente humillada y marchita, cuando escuchamos la lectura de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon y del amabilísimo arzobispo de Cambrai. ¡Y por qué tantos otros ministros que como ellos dirigian al pueblo la palabra, no corrieron la misma suerte! ¡No tenian abierto tambien delante de sus ojos el divino libro donde Jesucristo nos dejó sus ejemplos, sus milagros y su doctrina! ¡No habian recibido como ellos el pleno poder de predicar á toda creatura! ¡No se les habia franqueado el corazon del hombre en el tribunal de la reconciliacion! ¡Porqué pues no recogieron tanto fruto! ¡porqué no han llegado hasta nosotros! y si han llegado en efecto, ¡porqué no dominan lo mismo nuestro corazon? Porque los

unos contaban con los talentos necesarios para hacer fructificar copiosísimamente la sabiduría de la cruz, y los otros no habian recibido unos dones tan altos: los unos multiplicaron sus talentos ejercitándolos mas y mas en el estudio de los principios, y los otros descuidaron tal vez de todos los recursos del arte: los unos creyeron que la autoridad, la gracia, la doctrina y todos los beneficios espirituales que habian recibido de Jesucristo, estaban exigiendo una consagracion absoluta, una exquisita solicitud para santificar el arte y la naturaleza; y escrupulizaron tanto sobre este punto, que creian no haber hecho nada mientras quedase algo por hacer. He aquí la razon porqué sus obras producen todavía tan admirables trasformaciones, porqué todavía corren nuestras lágrimas, y porqué nuestras facultades todas quedan satisfechas hasta la plenitud á tiempo de ejercitarse en unas producciones tan insignes. Bourdaloue habla, y la razon le abandona la mas dulce victoria; Bossuet pinta; y bajo su pincel desaparece el oro de las coronas, la frescura de los laureles guerreros, y todas las imágenes encantadas del siglo: Massillon truená; y el vicio salva desaporado los arios del Santuario, y la virtud halla un trono en el corazon, y el arrepentimiento multiplica, en el silencio profundo de la conciencia, los publicanos, las Magdalenas y los Agustinos. He aquí, señores, lo que espera la religion de sus ministros, y lo que exige de aquellos que están á la cabeza de los futuros eclesiásticos; y he aquí las consideraciones poderosas que determinaron al Illmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal á establecer aquí la cátedra de elocuencia. A ejemplo del Sr. Benedicto, ha creído siempre, que no basta la enseñanza didáctica para sacar todo el provecho de la palabra divina; que los talentos oratorios necesitan de cultivarse, y que este cultivo indispensable consiste, no solo en traducir medianamente el latin, tartamudear algunos silogismos y aprender un compendio de moral; sino en elevarse hasta los principios de la ciencia, tomarlos en las fuentes purísimas de las Santas Escrituras, repasar á la luz de la historia todos esos acontecimientos memorables, todas esas vicisitudes tremendas y todos esos triunfos gloriosos que llenan los anales de la Iglesia; en adquirir un sano criterio para sacar una inmensa copia de doctrina en el estudio del hombre moral; y finalmente, en poseer y dominar la lengua propia, no solo como un fiel intérprete del racionio, sino tambien como el espejo claro de una rica imaginacion y el órgano de los grandes sentimientos. ¡Ojalá, viviendo en un pais tan culto como el que gobernaba el Sr. Benedicto, tuviera la satisfaccion de anun-

ciar que habia escogido excelentes profesores! Pero reducido á la mayor indigencia, no ha hecho mas que buscar instrumentos de propagacion á sus planes grandiosos, y comunicar su amor á la juventud y su entusiasmo por el progreso de las ciencias á cierto número de jóvenes que trabajan á par de sus discípulos, y han tenido que estudiar juntamente con ellos los nuevos ramos que han venido á establecerse. Sin embargo, lo que se ha hecho hasta aquí, mui pequeño en sí mismo considerada la perfectibilidad y extension del arte, ha sido mucho, atendida la carencia absoluta en que nos hallábamos de semejantes estudios. Pero calificar con exactitud el valor de nuestros trabajos no nos pertenece á nosotros. Deteniéndonos pues dentro de los límites que nos prescribe nuestro deber, darémos una idea del método que se ha seguido en esta cátedra, esperando con tranquilidad el fallo respetable y decisivo de la opinion.

## SEGUNDA PARTE.

Apénas hai uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la filosofía y de la literatura. Un método extraviado y caprichoso agobia las fuerzas intelectuales y las conduce por fin á un estado peor todavía que la ignorancia; y las antiguas sectas filosóficas, y el flujo y reflujo de las opiniones mas absurdas, y las épocas de decadencia que han sucedido á los mas bellos siglos, no reconocen por ventura una causa mas principal que el extravío de los métodos. Al contrario, cuando estos son exactos, el entendimiento ve prolongarse delante de sí un horizonte indefinido y puro que recorre á pasos de gigante, y que domina con la vista hasta en el último de sus objetos. El método es en las ciencias lo que la mecánica en las artes: multiplica el número de los descubrimientos, y economiza las fatigas del trabajo. Esta verdad, cuya confirmacion se encuentra donde quiera, nos determinó desde el principio á elegir un sistema de enseñanza que produjese los resultados mas importantes en la educacion literaria de la juventud.

La primera innovacion que se hizo en este punto, fué no admitir á la cátedra de elocuencia sino á los jóvenes que

hubiesen estudiado el curso de filosofía, ó cuando ménos las instituciones de lógica y metafísica. "Este es el tiempo en que el juicio de los jóvenes comienza á madurar, en que el estudio de la crítica, con aplicacion á los objetos naturales, modelos acabados de exactitud y correccion, ha empezado á formar aquel tacto fino y delicado en que consiste la esencia del buen gusto: esta es la época en que un genio lozano se apresura á ensayar sus fuerzas en composiciones bizarras, cuyas formas audaces son, á juicio de Quintiliano, pronóstico seguro de la mas alta perfeccion. *Volo se efferat in adulescente fecunditas, multum inde decoquent anni..... Audeat hac ætas plura, et inventis gaudeat.*"<sup>1</sup> ¿No tiene cierto carácter de ridículo destinar el tiempo de la gramática para el estudio de la Bella Literatura? Qué! unos rudimentos casi mecánicos, unas facultades en extremo torpes, una reflexion todavía no conocida y mucho ménos desarrollada, una carencia absoluta de los principios elementales de la filosofía, ¿serán los requisitos suficientes para penetrar en la parte científica, delicada y bella de los idiomas? No pensaba de esta manera el juicioso Quintiliano, á quien hacian tanta fuerza los abusos ya introducidos en su tiempo, que en una parte de sus instituciones manifiesta que entre la gramática y la retórica deben mediar cierta clase de conocimientos científicos, y en otra reprocha enérgicamente á los maestros de gramática el que traspasando los límites de su oficio, se introduzcan á la retórica.<sup>2</sup> Si algunos pues entienden que hemos obrado mal, y no por otro principio que el de la innovacion, sepan que no hemos hecho sino escuchar y obedecer una voz mui respetable que se hizo oír en el universo literario mas há de diez y ocho siglos. A tres cosas puede reducirse cuanto se refiere al método que vamos á dar á conocer, que son: la eleccion, la explicacion y la aplicacion del texto. Aunque sobre esta materia se ha escrito tanto y tan bueno, no solo en España, sino tambien en Francia, en Italia y en Inglaterra, que á primera vista ofrece mil embarazos la eleccion de una obra que sirva de texto, no tuvimos que trabajar mucho nosotros, porque el *Arte de hablar*

<sup>1</sup> En estas pocas líneas se contienen las razones principales que autorizan esta innovacion. Esta circunstancia y la satisfaccion que nos causa ver justificadas por la experiencia las ideas de su autor, nos determinó á confirmar las nuestras con este rasgo tomado de la alocucion con que cerró el año escolar de 1835 el Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector del Seminario.

<sup>2</sup> Orat. Instit. lib. 1.º, cap. 7.º, y lib. 2.º, cap. 1.º